

PÁGINA
ABIERTA

El agujero negro del laicismo

Edgard Morin. Filósofo. París

Aparentemente, el sentido del término «laicismo» está claro: es la racionalidad crítica opuesta a los dogmas, es la pluralidad opuesta al monopolio de la verdad. Y, en su combate político por la escuela y el Estado, el laicismo se definió a principios de siglo por la oposición a la Iglesia católica: ésta ocupaba una posición monopolista en la enseñanza, se empeñaba en imponer sus dogmas en la ciudad, no toleraba la pluralidad en su seno, se identificaba con la reacción.

El laicismo de la Tercera República no era consciente de que el mismo extraía su energía y su ardor, no tanto de la simple idea de tolerancia y de pluralismo, sino de una religión subyacente de la que era portador, y que se había camuflado en forma de cientifismo y racionalidad. Era la religión «cato-laica» fundada sobre la Trinidad providencial Razón-Ciencia-Progreso. La Razón y la Ciencia avanzaban de acuerdo,

desechando los errores y supersticiones, aportando sus beneficios a toda la humanidad. El Progreso estaba comprobado por la evolución biológica y garantizado por las Leyes de la Historia. En realidad, era la ideología cientista, de naturaleza dogmática y limitada, y no la ciencia, lo que legitimaba esta religión. Era un sistema de racionalización petrificado y sacralizado y no la racionalidad (inquieta y autocrítica por naturaleza) lo que estaba casi sacralizado bajo el nombre de Razón. Igual que el marxismo disimulaba y justificaba su mito religioso de salvación bajo un pretendido carácter científico materialista y bajo un aparente racionalismo radical, el cato-laicismo, de modo menos virulento, se disimulaba y justificaba bajo la Trinidad Razón-Ciencia-Progreso.

Ahora bien, insensiblemente, en el curso de este siglo, el enemigo religioso exterior del laicismo se metamorfoseó mientras que la religión interior se descomponía.

Por una parte, la Iglesia católica de hoy ya no es lo que era. Se ha batido en retirada. La misma tolera el pluralismo de las ideas y no se identifica ya con la reacción

Al mismo tiempo, nuestro siglo ha sido forzado cada vez más a descubrir que la noción de Razón podía recubrir, no sólo la racionalidad crítica, sino también la racionalización obtusa. Las ambivalencias y las insuficiencias de la Razón han sido puestas en evidencia, no sólo por los «irracionalistas» sino también por la crítica racional, especialmente la de la escuela de Frankfurt. Cada vez más se ha hecho patente que las certezas de las pruebas no entrañan ipso facto la certeza de las teorías científicas que seguían siendo hipotéticas y conjeturales. Igualmente se ha hecho patente cada vez más, después de Hiroshima, que los desarrollos de la ciencia eran ambivalentes y que sus efectos podían ser destructores y manipuladores. En todas partes, la idea de un progreso automático, necesario, indudable, se ha encontrado en crisis: por consecuencia, los fundamentos de la religión cato-laica han quedado arruinados a partir de ahora.

Lo absurdo y lo atroz de las hecatombes de la Primera Guerra Mundial había sido de tal naturaleza como para poner en crisis la idea de progreso. La Revolución fue la respuesta a esta crisis. Esta respuesta era de naturaleza apocalíptica: el desencadenamiento de las fuerzas satánicas del Anticristo imperialista anunciaba la venida de la Salvación comunista y de su Mesías proletario. La única manera de interpretar de modo progresista el sentido de los "horrores y barbaries de este siglo era concebirlas, según la lógica apocalíptica, como el anuncio de Tiempos nuevos de Liberación. El estalinismo fue percibido, no como totalitarismo, sino como ciudadela de esperanzas mesiánicas del Futuro. En

esta perspectiva, el llamado «marxismo-leninismo» fue considerado, no como el dogma de una religión terrestre nueva, sino como uno de los componentes radicales del laicismo. Así, de modo paradójico, las regresiones enormes de las dos guerras mundiales y del totalitarismo vinieron a exaltar la esperanza en el Futuro y a revigorizar la idea de progreso, y esto hasta el agotamiento y luego la descomposición de la religión comunista de Salvación terrestre.

Efectivamente, en este año 1989 se da una nueva primavera de las libertades en el mundo; es correlativamente el año de la descomposición del seudo-marxismo-leninismo, de la crisis del modelo leninista-estalinista de sociedad, del agosta miento de la socialdemocracia occidental, todo esto fosiliza el laicismo de la Tercera República; esta fosilización enmascara el agujero negro que se ha formado en ella.

[...]

¿Ha muerto el laicismo? ¿Hay que pasar a otra cosa? ¿O bien es necesario «modernizarlo»? En mi opinión, no hay que abandonar el laicismo sino que hace falta realimentarlo. No hay que modernizar el laicismo, sino que hay que movilizarlo contra las Barbaries y los Ídolos-modernos.

Hay que realimentar el laicismo. El laicismo, que a primera vista es la constitución y la defensa de un espacio público de pluralismo, discusiones de ideas y tolerancia, es algo más profundo y fundamental que lo que expresó el movimiento laico de la Francia republicana a principios de este siglo. Es lo que forma la originalidad misma de la cultura europea moderna, tal como ésta se desarrolló a partir del Renacimiento: a la vez portadora y fruto de la problematización generalizada que hizo añicos la concepción del mundo de la Edad Media: problematización de Dios, del mundo, de la naturaleza, del hombre, de la ciudad, de la verdad. Es a la vez portadora y fruto de la dialógica propia de la cultura europea, que se define no por tal o cual verdad o doctrina, sino por la relación antagónica, complementaria, activa, de las ideas y verdades opuestas. De este modo el laicismo, para empezar, es la «problematicidad» (Patocka) permanente, el cuestionamiento ininterrumpido, la dialógica siempre renaciente, los cuales han hecho y producido lo que la cultura europea ha hecho y producido de más rico y máspreciado.

Esta problematización, este cuestionamiento, es lo que hay que despertar en el día de hoy contra las nuevas evidencias oscuras, los nuevos ídolos. Lo que debe ser cuestionado y problematizado hoy son no sólo las Barbaries y los Oscurantismos que subsisten en el mundo contemporáneo, sino también las Barbaries y Oscurantismos nacidos

de la modernidad y que, a veces aliados a las formas antiguas de Barbarie, afluyen sobre nuestro siglo.

[...]

A partir de ahora, el nuevo combate del laicismo sería el combate para promover una democracia cognitiva. En otros términos, en otras condiciones, radicaba ahí el sentido de apostolado de los maestros a principios de siglo. Este combate es el que hay que reemprender y transformar.

Y eso es tanto más necesario cuanto que nuestros espíritus están a partir de ahora liberados de la hipoteca y de la amenaza totalitaria, que durante decenios habían forzado a algunos de entre nosotros a intentar hacer comprender lo que finalmente ha mostrado el derrumbamiento del Muro de la Ceguera Obtusa. En adelante podemos pensar la democracia no sólo con la experiencia del totalitarismo (que incluso bajo una apariencia laica, era el enemigo encarnizado de todo lo que significa el laicismo), sino sin pensar ya en el peligro que representaba. Podemos ahora observar con una mirada mucho más atenta nuestras democracias, no sólo para consagrarnos a corregir sus insuficiencias y carencias antiguas, sino también para percibir sus nuevas carencias y nuevas regresiones, nacidas de los desarrollos tecnocientíficoburocráticos.

El llamamiento en favor de la democracia cognitiva no es sólo el llamamiento a cursillos nocturnos, escuelas de verano, Universidades populares. Es la llamada a una democracia donde el debate de los problemas fundamentales ya no sea el monopolio de expertos solos y sea llevada hasta los ciudadanos. Como siempre, el esfuerzo histórico por la democratización tropezará con la resistencia de la Casta y de la Nomenklatura que se han apoderado de un monopolio, el del Conocimiento-de-los-problemas-reales.

[...]

Ésta es una tarea verdaderamente histórica, es decir, larga, difícil, aleatoria, que moviliza la conciencia de los individuos. La fosilización de la ideología cato-laica de principios de siglo ¿cesará de ocultar el agujero negro? ¿Se puede esperar la emergencia de un laicismo en estado naciente y renaciente?

Publicado en la revista *Le Debat* en 1989.